

En las fronteras del construccionismo social: observando límites en el estudio de las narrativas e imaginarios del rural

Enric Castelló
Universitat Rovira i Virgili (España)

Resumen

Esta es una contribución teórica sobre las limitaciones del construccionismo social para abordar el estudio de las narrativas e imaginarios de la ruralidad. El construccionismo es hoy un paradigma hegemónico de los estudios de comunicación social. Aun así, en los últimos años ha surgido una corriente de pensamiento que está revalorizando la materialidad y anotando la capacidad de agenciación de las existencias tanto humanas como no-humanas. Estas aproximaciones problematizan el antropocentrismo, que en general el construccionismo adopta, y se explican bajo el paraguas del posthumanismo. Estas corrientes son diversas y van desde la ecología política del materialismo vital (Bennett, 2022[2010]), al posthumanismo crítico (Braidotti, 2013, 2020[2019]), o a variantes realistas como las ontologías orientadas a objetos (Harman, 2018), por citar algunas muy conocidas. Coinciden en problematizar las bases construccionistas sobre las que se asienta buena parte de la investigación en comunicación social: la idea de que la realidad es una construcción social en la que el lenguaje, las representaciones y el relato tienen un rol constitutivo. El autor explora la posibilidad de compatibilizar las propuestas posthumanistas sin renunciar a las premisas construccionistas para el estudio del relato sobre la ruralidad. Tras desarrollar investigaciones sobre el discurso periodístico, los marcos interpretativos de los medios o las coberturas de problemas socioambientales como la implantación de energías renovables o la despoblación (Canovaca de la Fuente y Castelló 2023; Castelló 2023a), el analista se observa en las fronteras de un construccionismo social desde el cual se ve incapaz de abordar la riqueza y complejidad del rural. Esa consciencia sitúa al investigador en lo que Jane Bennett identificó (2022, p. 18) como una “predisposición a sonar ingenuo o necio”, al reconocer una agencia de los objetos de la ruralidad y de sus ensamblajes de interacción con los humanos. El texto sin embargo diferencia entre reconocer esa agencia y aceptar una esencia de los objetos del rural. La exposición finaliza proponiendo el apoyo de la filosofía y la semiótica pragmatista (releyendo a John Dewey y Charles Peirce) y plantea la situación como una oportunidad con potenciales de producción de conocimiento, sin que esta situación niegue la vigencia de un construccionismo, matizado y limitado, en el que, aún, reside el analista.

Palabras clave

epistemología; ruralidad; construccionismo social; imaginarios; rural agéntico; posthumanismo

1. Consciencia

Esta ponencia parte de un proceso de concienciación sobre los límites onto-epistemológicos del construccionismo en el abordaje de los imaginarios de la ruralidad. Tras una trayectoria de investigación de los medios de comunicación, reconozco que el paradigma construccionista me ha sido productivo para abordar determinados objetos de estudio, pero también que acontece estrecho en la comprensión de otros. La sospecha de que el construccionismo actúa como una especie de caja (que podría ser entendida como una trampa), es antigua. Cualquier investigador socio-humanístico con inquietudes filosóficas sobre la constitución de sus objetos de análisis ha reflexionado sobre esta limitación. Ese construccionismo centra su racionalidad en la consideración de que la realidad social se constituye en interacciones regidas por una institucionalización y unos procesos de legitimación colectiva en las que el lenguaje es la vía de expresión (Berger y Luckmann 1995[1966]; Burr 1997[1995]).

En la lógica construccionista el lenguaje se entiende como una cristalización de los procesos de institucionalización, en los que el estado, la iglesia, la escuela o la academia, entre otras estructuras, ejercen un poder legitimado. Sobre esta perspectiva siempre planeó el fantasma del relativismo y de la negación de una realidad externa al pensamiento humano, de la separación insalvable entre una ontología (el ser del mundo y las cosas) y una epistemología (el conocer el mundo y las cosas), y de una centralidad de la agencia humana (leída como cierto antropocentrismo) (Burr 1997). Una ponencia congresual no es la mejor oportunidad para abordar esta antigua cuestión filosófica que requeriría revisar hasta incluso las formulaciones de la filosofía kantiana. Pero en este escrito propongo la integración de los postulados materialistas y post-humanistas con aproximaciones construccionistas en el estudio de la comunicación y la cultura. Esta propuesta la articulo al hilo de mis últimas indagaciones sobre los imaginarios de la ruralidad en los medios de comunicación y la cultura.

Para alguien que ha centrado parte de su vida académica preocupado en indagar sobre la identidad cultural, la memoria colectiva o el conflicto político, el construccionismo es el paradigma adecuado; un sistema reconocido y transitado

para trabajar el discurso, el relato, los ejercicios de poder, las ideologías explicitadas en prácticas mediáticas y comunicativas. Cuando empecé a trabajar sobre la ruralidad y la comunicación, el periodismo y los imaginarios colectivos, ese esquema continuó siendo productivo. Era evidente que la ruralidad y lo rural eran categorías sociales, constructos asentados sobre prácticas comunicativas en las que las hegemonías (urbano-céntricas) y contra-hegemonías encauzan los marcos de las cuestiones y los conflictos relacionados con el campo.

Sin duda, en los procesos de construcción de las ruralidades no podemos descartar la importancia de la economía política, ni de la historia o de la geografía. En los orígenes de la sociología rural en los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, Henri Lefebvre (2022 [1949-1969]) ya anotó la influencia de las fuerzas de producción, de la explotación del territorio y de las comunidades, de las políticas de la propiedad y de cómo la comunidad rural había padecido profundas y traumáticas transformaciones con la implantación del capitalismo en el campo y los modos de producción intensiva y mecanizada. En la obra de Lefebvre encontramos también la mirada antropológica en lo que teorizó como una “producción del espacio”. El espacio social no puede ser reducido aquí a un “simple objeto”. Producir un espacio—Lefebvre (1991[1974]: 80-85) habla por ejemplo de una ciudad como Venecia—implica un “trabajo”, como sucede en el espacio rural con sus campos, construcciones, caminos: el espacio pasa a ser cultural y natural en ese sentido. Como han indicado sus estudiosos (Elden y Morton 2022), Lefebvre puso el foco en la explotación del territorio y de las comunidades agrarias, así como en la renta del suelo. Su perspectiva marxista fue influyente en la geografía de los setenta y los ochenta, pero parte de los estudios rurales (como de otras ciencias sociales) fueron adoptando un giro culturalista (y narrativo) que integraría más elementos antropológicos y humanistas, un viraje importante en los años setenta que presenta una noción de “lugar” y “espacio” como construcciones experienciales y culturales (Tuan 1975, 1979), humanas. Esos movimientos expresaron un cambio de relaciones con el entorno natural y rural que en los últimos tiempos, como indicó Joan Nogué (2012), promueven el surgimiento de una neo-ruralidad.

A la hora de interpretar esas nuevas ruralidades y los imaginarios adjuntos, no cabe duda de que el periodismo, la ficción, el cine, la cultura en general, tienen un rol definitorio. Desde la perspectiva constructorista más radical diríamos que ese rol es “constitutivo” de la misma ruralidad. Ahora bien, esto no implica centrar el análisis exclusivamente en el lenguaje, en el discurso sobre lo rural. Si entendemos esa ruralidad como esfera sociopolítica subalterna—una periferia sometida a un régimen de verdad dictado desde un centro cosmopolita, urbano—operaríamos entonces en una lógica foucauldiana en la que cabe centrarse en la producción ideológica (Foucault 2020 [1977]). Para Foucault lo más apropiado es entonces centrarse en estudiar los “régimenes” que definen el discurso, más que en el discurso en sí. Así la ruralidad se va constituyendo en discursos que son delimitados en prácticas de poder. En nuestro caso sobre el rural, los gobiernos que catalogan los suelos, usos y funciones, los departamentos que delimitan la geografía en base a unos determinados parámetros medibles (como la densidad geográfica, el peso de los sectores productivos, etc.) tendrían aquí también un papel muy definitorio en ese régimen de verdad.

Los estudios que usaron el análisis del discurso pusieron especial relevancia en el lenguaje, en el texto y en su contexto, en un foco de interacción básicamente humano, en una praxis discursiva que produce *ideología* y conocimiento; un discurso que es acción y por lo tanto poder transformativo (van Dijk 1997). Si bien se pueden tomar perspectivas más etnográficas, en las que los estudiosos de la comunicación y los imaginarios se acercan a situaciones de la vida cotidiana, a interpretaciones de los públicos expuestos a determinados imaginarios o relatos (ya sean factuales o de ficción), las perspectivas discursivas se focalizan en esa creación de *ideologías* e insisten en investigar, básicamente, un corpus textual (en su contexto, su praxis, su intertextualidad, etc.). En nuestro caso, si analizamos los imaginarios e *ideologías* en torno a la ruralidad, se deberían recapitular materiales textuales de ese imaginario, además de trabajar sobre el contexto en que se producen y consumen, así como sobre la intertextualidad (la relación de esos textos con otros).

En mi experiencia, mientras trabajaba en esa perspectiva sobre la temática rural tuve sin embargo consciencia de que ese constructorismo y enfoque en

el texto y el discurso no era suficiente. Ese desasosiego se materializó especialmente con una aproximación física a espacios y objetos de la ruralidad (y se vuelve a experimentar en cualquier otro objeto de estudio en el que el analista “hace presencia”, está-en-el-lugar). Ante la necesidad de integrar mejor la praxis, la experiencia humana y las interrelaciones con la materialidad y los actores no-humanos que generan significación, empecé a plantear un cambio de perspectiva primero para adoptar una perspectiva más pragmática para, poco a poco, aceptar una agencia no humana y me acercó a las posthumanidades y al materialismo. No es un territorio inexplorado, estudiosos anteriores ya interpretaron ese potencial del pragmatismo para salvar el problema que estoy planteando (véase por ejemplo Jones 1996, aunque en su caso rechaza la posibilidad de agencias no-humanas).

Ese esquema ordenaba mis pensamientos durante un paseo por el campo tras publicar un par de artículos en los que estudiamos temas como la cobertura de la despoblación del mundo rural o el conflicto por la instalación de plantas de energía renovable en entornos rurales (Canovaca de la Fuente y Castelló 2023; Castelló 2023a). Esa tarde, observaba los márgenes de piedra deshechos por la acción del agua y del viento, con mis habituales “gafas sociales”, esas que nos ofrecen una particular y distanciada perspectiva de la materialidad que nos rodea. Desde convicciones construccionistas, todas esas ramas y hojas, las pintadas reivindicativas en las paredes, las latas de cerveza vacías y las botellas de plástico lanzadas a los barrancos, o las balsas de retención de agua, formaban parte de un paisaje percibido y pensado, pero sin sentido más allá del que mi mente podía elaborar de esas formas, olores y colores. Para el construccionista en mi ese lugar solo tenía sentido en tanto que lo podía poner a dialogar con mi uso del lenguaje y raciocinio, mi educación, mis experiencias, las novelas leídas, los medios consultados, las películas vistas, las personas con las que me he relacionado. Ese pre-discurso (que es en realidad el discurso) solo puede ser aprehendido a través de una intertextualidad inmanente a un ejercicio de percepción. Pero en esa tarde, como en otras, en esa caja construccionista percibí, una vez más, “la grieta”. Es decir, la evidencia de que todo ello era una elaboración más y las piedras, los árboles, los márgenes, continuaban allí más allá de cualquier elaboración que pudiera hacer sobre ellas.

Esa grieta requiere de un puente de pragmatismo en el que aparece el “tercero” peirceano: entre la imagen/forma de la lata (signo) y el observador (receptor), existe un tercer elemento evidente que es la realidad percibida. Y no cabe duda de que esa realidad tiene una agencia—la existencia de todas esas cosas y seres no-humanos que “hacen cosas”—que hemos desechado por defecto, como “buenos” construccionistas. La grieta no desaparece negándola o formulándola como un vacío resultado de un fracaso o imposibilidad como propone Slavoj Žižek (2023[2017]: 79). Mi consciencia del existir de esos objetos o la narración que elabore de ellos no los constituye. Esas piedras alineadas en determinada forma y función; esos rótulos y señales; esas herramientas y vehículos; esos árboles y animales, desde insectos minúsculos a conejos que han cavado túneles por todas partes; esas paredes y caminos polvorientos; esos desperdicios, sacos de plástico; todas esas cosas existen mucho más allá de lo podamos interpretar, pensar, experimentar con o decir sobre ellas. Nuestra relación con esas existencias es una relación “en comunión”, “en común”, una interacción recíproca. Desde el pragmatismo realista se evidencia un continuo (no un vacío) en el que la interacción e intercambio informativo es constante. Es esta sin embargo una existencia discriminada, subalterna, en los márgenes.

Esa consciencia del descarte de lo evidente en la experiencia me llevó a tomar una cámara y a expresar en un video-ensayo la relevancia de la generación de sentido por medio del *encuerpamiento* (*embodiment*) con la ruralidad, una materialidad que no conoce *ideologías*; simplemente es y está: la piedra, el árbol, los cables. En ese video-artículo experimento con los ensamblajes de la ruralidad, que incorporan agencias más-que-humanas en procesos de significación que escapan de la perspectiva construccionista (Castelló 2024).

2. Materialismo

Especulo aquí sobre la oportunidad de que el estudio de la comunicación social sea repensado para contemplar las materialidades vibrantes y los conocimientos post-humanos (Bennett 2022; Braidotti 2013, 2020). Los objetos de estudio de la comunicación social deben tomar consciencia de esas

materialidades. Esto no implica aceptar una esencia de las cosas, ni negar los procesos de construcción social o la relevancia de la *ideología*, ni desdeñar los indicadores que empíricamente “objetivamos” para elaborar significados que nos permiten tomar decisiones como extraer o no un tumor. Lo que requiere ese posicionamiento es, sin embargo, contar con los otros no humanos. Lo que parece un ejercicio oscuro o retorcido es en realidad sencillo y muy básico; en la ruralidad es tan evidente que duele negarlo.

Muchos de los planteamientos de investigación en comunicación pueden (y pensamos deberían) considerar esas agencias materiales, de ese suelo. Para ilustrar este giro me referiré a los estudios de los imaginarios de la ruralidad, objeto que centra el proyecto de investigación que coordino, pero podríamos incorporar otros objetos como la realidad virtual, la inteligencia artificial, el cambio climático y la transición energética, los riesgos asociados a catástrofes naturales, las desigualdades de grupos sociales, las cuestiones de género o de salud. ¿Cómo podemos estudiar estos fenómenos negando (descartando, obviando, discriminando, eliminando, cegando) las agencias de los algoritmos que hacen cosas más allá de lo que se propusieron sus creadores; de las tecnologías ensambladas con efectos que no habíamos programado; de las fuerzas que reaccionan a los gases; de las otras especies animales y vegetales y sus asociaciones; del *encuerpamiento* humano o de las reacciones celulares a la medicina; o de la química presente en los alimentos. En estas temáticas y en muchas otras, cuando elaboramos un plan de trabajo caemos en un empobrecimiento analítico si descartamos la materialidad de las cosas, la corporeidad y la agencia inmanente a toda existencia.

Integrar ese poder de las materialidades no es una idea innovadora, otros investigadores han trabajado en ello. Jussi Parikka (2015) por ejemplo ha investigado la relación entre la geología y los medios de comunicación poniendo el foco en los minerales y su relevancia en la cultura mediática a lo largo de la historia de la humanidad. ¿Quién rechaza la relevancia de los materiales, ayer quizás el papiro y los pigmentos, hoy los minerales raros que almacenan energía? Deberíamos recuperar las ideas de Marshal McLuhan (2009[1964]) al respecto. Injustamente criticado de determinista tecnológico, el autor produjo

algunos de los textos más críticos y sugerentes entorno a la ecología de los medios o la cultura popular y su mercantilización. McLuhan trabajó muy bien la idea de lo determinante que era el medio y las formas en relación con el contenido y los significados. Volvamos pues la mirada a los objetos, a las cosas, y aceptemos su evidente interacción con un sistema interconectado.

Este tipo de estudios implica la necesidad de una ética ecosófica, una consciencia de formar parte de un sistema que va más allá de las sociedades humanas. Esa ética sin embargo supera el ambientalismo y el conservacionismo; requiere un reconocimiento de la posibilidad de la vida en un entorno precarizado, en destrucción, o como ha elaborado Anna Tsing (2015), en un “capitalismo en ruinas”. Esos márgenes y existencias precarizadas se mantienen vivas y siguen explotadas en prácticas de “acumulación de rescate” (*salvage accumulation*) que reinsertan esos agentes en los márgenes (humanos y no-humanos) en la generación de beneficios por medio de prácticas de traslación (*translation*) que en la desposesión y la discriminación tienen un mecanismo ensamblado a los procesos de producción de riqueza capitalistas (Tsing, 2015: 64, 134 y siguientes). Esto debe ser objeto de estudio en las aproximaciones comunicativas posthumanas.

En el periodismo y la investigación en comunicación social estamos perdiendo contacto con lo que relatamos y explicamos. Muchos profesionales y expertos hablan de cosas que nunca han visto, que nunca han tocado u observado físicamente. La investigación se ha desgajado de la experiencia directa. Así, en congresos sobre comunicación social o cuando leemos ciertas informaciones periodísticas, uno tiene la sensación de que le hablan sobre fenómenos, hechos, lugares, cosas no experimentadas, no vistas, no conocidas, al fin, en el sentido filosófico del término. En la praxis profesional, el periodismo de oficina se da hoy por supuesto: el profesional no se desplaza, no ve, no oye, no huele, no escucha lo que ha pasado en directo. Si es destacado, el ritmo al que debe producir su información le obliga a relatar sin comprender, describir sin observar, opinar sin reflexionar. Son habituales las ruedas de prensa on-line o en salas contiguas mirando pantallas, grabadas, las coberturas retransmitidas, relatos mediatizados. Los académicos establecemos asépticas distancias que no nos

permiten entender bien los objetos de estudio: entrevistas on-line o por correo electrónico, análisis de textos que no sabemos cómo se han producido, automatización de procesos de etiquetaje, etc. Abogo por volver a los lugares, hablar con las personas, pisar los platós, realizar más observación directa de aquello que estamos estudiando o sobre lo que informamos en el ejercicio profesional.

Por ejemplo, si estudiamos la cobertura de incendios forestales, es relevante visitar los montes quemados o hablar con los grupos ecologistas o los voluntarios bomberos que participan en la extinción (véase por ejemplo Castelló y Montagut 2019). Oler el bosque en cenizas, observar las manos del voluntario, escuchar al experto en comunicación del grupo activista, visitar su sede y hojear sus hojas volantes, revistas y observar los pósteres que cuelgan en sus paredes, todo ello forma parte de experiencias que se ensamblan con los discursos y los textos, con las imágenes o las declaraciones. Esos lugares y los agentes humanos y no-humanos, la materialidad que los conforma, las cosas que están allí expresan una agencia *en la experiencia* que incide en el relato que podamos elaborar sobre las mismas. No están allí meramente esperando a ser descritos o explorados. En ese sentido, si los analistas del discurso y de la narración somos conscientes que los relatos “hacen cosas”, también debemos entender que las cosas “narran”, en su mera existencia y relación con su contexto. Jane Bennett habla del poder-cosa y define lo que sería un materialismo vital, no sin lanzar un advertimiento a los osados que consideren esta “materia vibrante”, puesto que se necesita “cierta disposición a sonar ingenuo o necio” (Bennett 2022, 18). Braidotti (2013, 136-139), por su parte, habla de *potentia* como una fuerza vital inherente a toda existencia.

Un peligro de esta perspectiva es la de caer en un esencialismo o en una ontología plana, ciega a las injusticias y desequilibrios que genera un sistema ultracapitalista e hiperconsumista. Aquí Rosi Braidotti (2020, 121) plantea la necesidad de un post-humanismo crítico que redefine a la humanidad desde una perspectiva que llama zoe/geo/tecnomediada, ya que a su parecer una ontología orientada a objetos (OOO) anivela cualquier forma de existencia, con graves implicaciones éticas. Braidotti también reconoce que el construccionismo social

es hegemónico pero en cierta forma lo presenta incompatible con una “inmanencia neomaterialista y vital”. Es decir, la separación naturaleza-cultura inherente al construccionismo, lo haría incompatible con el posthumanismo crítico de medios-naturaleza-cultura. Desde nuestro punto de vista, la premisa merece una revisión y aquí proponemos lo que podríamos llamar un “construccionismo posthumano” que ampliaría la consideración de “sociedad” a esa categoría holística que la autora nombra zoe/geo/tecno (Braidotti, 2013, 2020). Necesitamos encontrar espacios intermedios. No podemos acusar al construccionismo de un reduccionismo lingüístico o idealismo, de relativismo o de falta de auto-reflexividad (Ibáñez, 2001, 239-47). Esto no quita que el construccionismo social y el materialismo vital sean diametralmente contrapuestos. La relectura del concepto de sociedad de Bruno Latour (2005) es productiva; en el sentido de retornar a la acepción relacional de sociedad y desligarlo de su limitación a una temática.

La ontología orientada a objetos (OOO) es una perspectiva enmarcada en el realismo especulativo que, según Graham Harman (2018) considera que la realidad existe independientemente de lo que pensemos sobre ella (aspecto que también aceptaba el pragmatismo), pero que debemos dar importancia por igual a todos los objetos sean humanos o no-humanos, ficcionales, naturales, tecnológicos. A la vez, la OOO proclama que no podemos obtener un conocimiento directo de ningún objeto, aunque tengamos sensaciones sobre el mismo y apliquemos un conocimiento más bien inverso, de nosotros hacia el objeto y no al revés (Harman, 2018:7, 9 y siguientes). Desde un punto de vista construccionista esta afirmación conllevaría una dosis de ingenuidad y se basaría incluso en una falacia: la de considerar que los objetos son independientes de nuestra forma de conocerlos. Para la OOO, sin embargo (y un aspecto que cuesta de digerir desde el construccionismo), esta perspectiva es no solo aplicable a objetos materiales, sino también a los simbólicos. Los “objetos” son diferentes a las “cosas”, en ese sentido. La “libertad” podría ser un objeto de la política, como sería “la Guerra Civil Española” un objeto de la historia o “Don Quijote” de la literatura. Los objetos existen en relación con otros. La visión de la política en esta perspectiva rechaza las categorías de derecha e izquierda y bota las de política-verdad—la que se ejerce bajo la idea de posesión

de una verdad justa—y política-poder—la que se ejerce con la idea de que la verdad está definida por el que gana el poder para establecerla (Harman, 2018: 137). Esta ontología plantea problemas de carácter ético y para Braidotti (2020, 91-92) no es aceptable; considera en ese sentido que es una perspectiva antihumanista.

Cuando analizamos la ruralidad, sus narrativas y objetos, este realismo especulativo orientado a objetos es, también a nuestro juicio, poco operativo para entender las relaciones entre esos imaginarios o productos (observados como objetos; por ejemplo “el paleta rural”; o la novela *Los santos inocentes*) y las formas de expresión (en el cine, la literatura, el teatro, el periodismo) o los autores que los producen y los públicos que los consumen. Pensamos que podemos descartar absolutamente las premisas críticas y construccionistas. La relación entre humanos y no-humanos, los ensamblajes que indica Bennet (2022), producen desequilibrios en la esfera social que debemos abordar (claro está, los desequilibrios vistos desde un punto de vista posthumano). Por ejemplo, en nuestro objeto de estudio, la ensayista y pastora del Pirineo Vanesa Freixa (2023, 81) indica que los espacios rurales han sido dirigidos desde instancias foráneas y en se han convertido en “territorios colonizados”, con el beneplácito, “la complicidad y el convencimiento de buena parte de los habitantes locales”. Las personas que conocemos esos entornos, las que hemos visto desaparecer las pequeñas explotaciones, las que hemos escuchado el consejo de las mayores de que nos marcháramos, las que hemos leído que la agricultura, nuestras huertas, eran un desastre económico, no tenían futuro, o que la parcelación en pequeñas explotaciones no era viable, etc., sabemos de lo que habla Freixa. Los márgenes de vida y existencia son producto de prácticas comunicativas antropocéntricas, coloniales, patriarcales, extractivas, precarizantes. Es decir, son producto y a la vez materia prima un sistema capitalista que avanza hacia un colapso socioambiental.

Esas existencias más-que-humanas, animales, vegetales, minerales están en relación con un sistema de producción de sentido que sesga, que produce “verdades”, sin considerar las diversidades existenciales en esos lugares. Frente a todo ello, las perspectivas del del post-humanismo crítico que propone

Braidotti—en las que podríamos incluir las del activismo afirmativo de muchas mujeres y hombres que viven en el medio rural y que consiguen transformar sus entornos en producciones extensivas, que desarrollan sus propuestas y luchan para seguir en sus lugares, elaborar sus alimentos y disfrutar de su cultura— son positivas, afirmativas. ¿Cómo podemos entonces compaginar esa consciencia de la materialidad con el reconocimiento de los sistemas de producción *ideológicos*?

3. Un pragmatismo posthumanista para la ruralidad?

La propuesta que planteo aquí tiene dos profundos calados. Por una parte, ampliar el objeto de estudio de las teorías de la comunicación para integrar actores no-humanos en los sistemas de producción de sentido. Por otra, explorar las zonas intermedias entre los materialismos posthumanistas (vitalistas, críticos) y los construccionismos sociales en las que esa perspectiva tenga recorrido. Las soluciones son parciales e imperfectas porque existen muchas incógnitas sobre estas propuestas, sobre todo en lo que respecta a agencias materiales, ficcionales, virtuales (por ejemplo de las redes de cableado, inteligencia artificial o los logaritmos). En todo caso, nuestro objetivo aquí es explorar la posibilidad de compaginar una afirmación del construccionismo—la realidad es un constructo constituido en base a la interacción—con un posthumanismo materialista—las materialidades ejercen una agencia en la construcción de ese mundo. Enunciadas así, no existe a priori incompatibilidad, excepto en la necesidad de una reformulación de lo que consideramos “sociedad” y de lo que consideramos “interacción”. Como hemos anotado, Latour (2005, 92) ya apuntó el malentendido del concepto social cuando lo juntamos con el de construccionismo. Así, la idea de construccionismo social debería integrar esa idea de asociación—para Latour interaccionismo social sería una especie de pleonasma mientras que deberíamos renunciar al uso de construcción social.

En todo caso, la sociología del conocimiento requiere revisar la discriminación de los agentes no-humanos. El antropocentrismo exacerbado de poner por

encima de cualquier valor aquel que representaba “lo humano” (etiqueta que a menudo discrimina incluso a determinados colectivos cuando se usa de forma eurocéntrica y patriarcal: humano igual a hombre-blanco-“civilizado”) y sus capacidades relacionales (perceptivas, de raciocinio, de relación), no han traído beneficios. La posición de los pioneros del pragmatismo como John Dewey o Charles S. Peirce nos ayudan a integrar mejor en este sentido. Algunos autores han indicado como la obra de Dewey, especialmente en su última etapa, anticipa las ideas neo-materialistas y posthumanistas (Guernsey 2017; Richards 2019). Como ha planteado Paul Guernsey, Dewey considera los cuerpos como parte del sistema de comunicación, como un lenguaje. El arte, la danza, la performance son vehículos de significado; pero además, apunta el autor, la actividad-de-vivir (*life-activity*) aparece en las últimas obras de Dewey como significativa (Guernsey 2017, 253). No solo esto, sino que para Dewey los objetos (un paraguas roto, un plato de macarrones, etc.), demarcan significados y perfilan experiencias—recordemos que la experiencia es la base de la generación de significados para el pragmatismo. Por lo tanto el significado, siguiendo a Dewey, “es principalmente un proceso estético caracterizado por una continuidad de experiencia en el uso continuo de interacciones simbólicas y encarnadas con el medio” (Guernsey 2017, 247). Cómo esta noción de generación de significado pragmática entronca con un construccionismo social es una cuestión que no tenemos aquí espacio para desarrollar con detalle. Ya en los años noventa, ante el auge de las formulaciones del posthumanismo en las ciencias sociales, autores como Mark P. Jones (1996: 292) argumentaron que esa relación entre los humanos y las cosas se debería leer estrictamente como una agencia humana. Existió un rechazo a las propuestas de Bruno Latour y su teoría actor-red para considerar las agencias no humanas (objetos y discursos) en las redes de producción de conocimiento en la que cultura y naturaleza son una misma fuente de energía y el colectivo “es lo que nos une a todos” (Latour 2001: 356 [1999]). Pero no es inédita en nuestras latitudes la perspectiva que plantea una sociología—en nuestro caso una comunicación social—que tiene en cuenta esos ensamblajes como asociaciones agénticas (véase por ejemplo García Selgas 2010), mientras que desde los estudios culturales medioambientales se ha propuesto la necesidad de plantear incluso

una ecología política de la basura para visibilizar las consecuencias de las ideologías de un crecimiento sin freno (véase Prádanos, 2018:165-208).

Volvamos a nuestro objeto de estudio. Para el construccionismo social, la ruralidad sería un producto en sociedad (exclusivamente humana) en base a prácticas de interacción que cristalizan significados que damos por sentado. Pero una combinación pragmática, que tenga en cuenta los avances filosóficos y ecopolíticos del posthumanismo reclama integrar la otredad de formaciones en red puesto que estas son también performativas—hacen cosas—, agenciales—transforman en base a sus “intereses” de existencia—, y sociales—se asocian para conseguir objetivos y e intercambian informaciones. Creo necesario, incluso urgente, atender a esta perspectiva y abandonar la idea del sujeto aislado, secuestrado en el pensamiento y el lenguaje. Hay que atender a esos ensamblajes humanos/no-humanos que autoras como Jane Bennett (2022: 74) plantean como “confederaciones vivas”. ¿Cómo podemos estudiar los imaginarios del rural si excluimos las existencias que lo habitan, las materialidades que lo componen, y las dinámicas relacionales entre los humanos que lo trabajan? Pondré un ejemplo práctico de abordaje.

Pongamos que en el estudio de los imaginarios del rural nos proponemos analizar la cobertura periodística de las instalaciones de plantas de energía renovable en un determinado lugar. Un construccionismo social al uso puede desarrollar un estudio sobre el discurso que los periódicos hicieron de dicho caso o incluso implementar entrevistas o métodos etnográficos. El abordaje puede compaginar datos cuantitativos y cualitativos, cerrar con una reflexión crítica. Una perspectiva desde un pragmatismo posthumanista de la ruralidad debería ir más allá. El conocimiento de primera mano del contexto y de las especies que lo habitan es crucial; la observación de los materiales, de los metales, las tecnologías y los mecanismos que se instalan en un parque eólico o solar. La perspectiva post-humanista considera la relación que los habitantes tienen con el entorno, no solo cognitiva o afectiva, no solo simbólico-identitaria como estudiaría la antropología, sino también material, física: qué hacen los habitantes en ese lugar, cómo lo transforman y como lo han configurado a través de la historia (para qué servían y sirven hoy los caminos, los pozos de cal, etc.), de

qué están hechos los molinos, qué y quiénes se beneficiarán o serán perjudicados por su instalación. Se tiene otro entendimiento del impacto de las plantas eólicas en el imaginario o el sentido de lugar si se ha tomado nota de todo ello en un paseo por debajo de esos gigantes blancos, escuchando las aspas cortar el viento. Hay que entender a Rosi Braidotti (2020: 210) cuando sugiere: “Deberíamos de trabajar con el lenguaje y los conceptos de la misma *manera esencial* que nuestros colegas utilizan en las ciencias ‘duras’. Las posthumanidades son igual de experimentales”.¹

Aunque la autora comenta esa *manera esencial*, la sensibilidad hacia lo no humano no es esencialista en el sentido de otorgar un significado inmanente a las cosas (a los molinos físicos). La propuesta implica reconocer su capacidad relacional (molinos-con-viento, molinos-con-aves, molinos-con-habitantes, molinos-con-fotografías...). La investigación se abre a nuevas expresiones y abandona el encajonamiento y la rigidez en la presentación de resultados. Está abierta a la fenomenología de la experiencia (Braidotti 2020: 197), pero también la hermenéutica textual—no rechaza el poder del relato y los imaginarios—si esta considera no solo que el texto constituye realidades sino que las realidades constituyen textos; la interpretación como apropiación (Ricoeur 2016[1981]: 123), añadiría siguiendo a Braidotti, zoe/geo/tecno.

Las formas de presentación y expresión deben ser más creativas en el campo de la comunicación: reivindicamos el ensayo, el video-ensayo, el documental, y las especulaciones artístico-expresivas. Las evidencias son necesarias en su apertura al posthumanismo y hay que conocer con datos cómo las ballenas hablan, los bosques se desplazan, la inteligencia artificial sesga, o el logaritmo esconde. Desde mi punto de vista, conocemos más del impacto de la instalación de energías renovables en el filme *El cielo gira* de Mercedes Álvarez (2004) que leyendo un artículo de análisis de contenido cuantitativo sobre centenares de piezas informando del tema. Álvarez pisa Aldeaseñor como lo haría un geólogo para comprobar la erosión del suelo tras la escorrentía, se pasa un año hablando con los habitantes de ese pueblo, sufriendo sus fríos, filma las transformaciones

¹ Cursiva nuestra.

de los edificios históricos en alojamientos rurales, las compartimentaciones con pladur de las estancias. Su documental es un estudio experimental, un ejercicio de conocimiento pragmático. Su visión ha sido tildada de “contramonumento” a la “idea de progreso” (Oller Bosch 2021); relejendo esa interpretación, añadiría que Álvarez contrapuso su monumento a un tipo de progreso que desplaza— Tsing (2015) diría *traslada*—la materialidad de las cosas, la inmaterialidad de los patrimonios, las existencias más-que-humanas. El pragmatismo que propongo discute la idea de investigador/a en ese sentido: ¿Quién investiga a qué y cómo?

En el rural existen diversidad expresiones, que van desde las construcciones de piedra hasta los grafitis de las luchas agrícolas, que evidencian la realidad de un mundo colonizado por un urbanismo irracional o incluso caótico. La investigación en comunicación de la ruralidad no debe quedarse en un estudio aséptico de los discursos y las imágenes, de las redes sociales o del cine, sin tener conocimiento de esas materialidades, los hábitats, así como los valores inmateriales que representan. El abordaje de temas conflictivos como el establecimiento de macrogranjas, las protestas de los agricultores y ganaderos, la contaminación del suelo, la sequía y otros tienen dimensiones comunicativas relevantes. Las coberturas de los medios corporativos, afincados en grandes urbes, son bastante ciegas a las realidades pragmáticas y experienciales, in-situ, en los lugares donde se generan esos alimentos, mientras que se ha ido domesticando la mirada hacia la gestión “eficiente” de las especies que engordamos para su matanza y consumo.

Los estereotipos de la ruralidad se han ido limando en un nuevo sistema de representaciones que he llamado el *rural resituado* (Castelló 2023b), pero subyacen perspectivas que para nada consideran los reequilibrios necesarios que requiere una sociedad no antropocéntrica. El uso de fuerza de trabajo de personas migrantes maltratadas; las desigualdades de género y de clase en la ruralidad; la falta de infraestructuras de producción cultural y mediática; la consideración de conocimiento y cultura rurales; las epistemologías locales basadas en pragmatismos; y un largo etcétera de focos de estudio están por llegar. Son temas infraestudiados desde la investigación de la comunicación social, fascinada con la última novedad técnica como la inteligencia artificial, pero

ciega a la agencia de los logaritmos o de las tecnologías, aun cuando la comunicación social centra esas cuestiones. Se obvia demasiado esa perspectiva que va más allá de un tratamiento en diferido, mediatizado, aséptico.

En conclusión, el estudio de las narrativas y los imaginarios sobre la ruralidad debe adoptar una nueva perspectiva. Ese abordaje debe prestar atención a las limitaciones de un construccionismo social antropocéntrico que desprecie la materialidad inmanente a esas existencias (otras especies, cultura material, paisajes, objetos significantes, hábitats, recursos, energías). Es una condición urgente en vista de la transformación que sufren los entornos rurales y sus comunidades y que enriquecería el rendimiento de los abordajes. Pero necesitamos consciencia de que esos ensamblajes materiales y no humanos interfieren en, y contribuyen a, su constitución sin caer en el esencialismo.

Este abordaje es también esperado en el medio rural. Entre sus habitantes existe un recelo hacia los observadores o técnicos que van a “estudiarlos desde afuera” sin acercarse bien a lo que quieren enseñarnos, sin ensuciarse. Son los que van a “decirles lo que deben hacer”; una forma neocolonial de relacionarse con ellos. Muchos esperan saber si hemos criado animales, si hemos vivido en un pueblo, si hemos trabajado en el campo, si sabemos de esta clase de fruta. Tocar la tierra, limpiar la granja y escampar el estiércol, escuchar el agua recorrer la canal, recoger la fruta helada al amanecer, quemar los rastrojos, oler el humo. Esa materialidad (tierra, estiércol, agua, fruta, leña, humo) significa; interactuar con ella cambia el conocimiento del sistema y sus problemáticas. El pragmatismo posthumanista que exploramos plantea que esos elementos desarrollan una agencia a la que no somos ciegos, no son simples cosas a la espera de una definición, elementos pasivos sin sentido. Reducir todo ello a un discurso mediatizado, a un relato humano, a una cuestión *ideológica* o a un marco interpretativo deja un vacío irresoluble. La propuesta se sitúa en las fronteras del construccionismo pero es consensual. A veces es sugerente y productivo ir al borde de la caja que uno habita para dirigir una mirada más allá y advertir las propias limitaciones. Creo que el mundo pide a los estudiosos de la comunicación que crucemos más fronteras; que esta sea una invitación a asomarse a ver qué hay.

4. Referencias

- Álvarez, Mercedes. 2004. *El cielo gira*. Spain.
- Bennett, Jane. 2022. *Materia vibrante. Una ecología política de las cosas*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Berger, Peter, y Thomas Luckmann. 1995. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Braidotti, Rosi. 2019. *The posthuman*. Cambridge. Polity Press.
- . 2020. *Coneixement posthumà*. Barcelona: Arcàdia.
- Burr, Vivien. 1997. *Introducció al construccionisme social*. Barcelona: Edicions de la Universitat Oberta de Catalunya.
- Canovaca de la Fuente, Enrique, y Enric Castelló. 2023. «La despoblación rural en la prensa española: contrastes entre centro y periferias». *RAE-IC Revista de la Asociación Española de Investigación de la Comunicación* 10(20). doi:10.24137/raeic.10.20.13.
- Castelló, Enric. 2023a. «Sentidos de lugar, ruralidad y periodismo de proximidad». *Terra. Revista de Desarrollo Local* 13: 22-45. doi:10.7203/terra.13.27338.
- . 2023b. «The resituated rural: exploring narratives beyond the empty Spain.» *Journal of Spanish Cultural Studies* 24(4): 529-44. doi:10.1080/14636204.2023.2272044.
- . 2024 (forthcoming). «Reading the rural. Materialist awareness while walking in the countryside». *Journal of Embodiment Research* (aceptado el 19 de diciembre de 2023). doi:10.16995/jer.10716.
- Castelló, Enric, y Marta Montagut. 2019. «Framing forest fires and environmental activism: A storytelling contest about human intervention in nature». *Communication and Society* 32(4): 291-306. doi:10.15581/003.32.4.291-306.
- van Dijk, Teun. 1997. «Discourse as interaction in society». En *Discourse as social interaction*, ed. Teun van Dijk. London: Sage, 1-37.
- Elden, Stuart, y Adam David Morton. 2022. «From the rural to the urban and the production of space». En *On the rural. Economy, Sociology, Geography*, eds. Stuart Elden y Adam David Morton. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Foucault, Michel. 2020. «Truth and power». En *Power. Essential Works of Foucault 1954-84: Volume Three*, Milton Keynes: Penguin Books, 111-35.
- Freixa, Vanesa. 2023. *Ruralisme. La lluita per una vida millor*. Barcelona: Ara Llibres.
- García Selgas, Fernando J. 2010. «Argumentos para una Sociología posthumanista y postsocial Athenea Digital». *Revista de Pensamiento e Investigación Social* 19: 7-27.
- Greco, Monica, y Paul Stenner. 2008. «Emotion and Social Science». En *Emotions: A social reader*, eds. Monica Greco y Paul Stenner. New York & London: Routledge.
- Guernsey, Paul. 2017. «Post-humanist pragmatism». *Transactions of the Charles S Peirce Society* 53(2): 246-69. doi:10.2979/trancharpeirsoc.53.2.04.
- Harman, Graham. 2018. *Object-Oriented Ontology. A New Theory of Everything*. Milton Keynes: Penguin Random House.
- Ibáñez, Tomás. 2001. *Municiones para disidentes. Realidad-verdad-política*. Barcelona: Gedisa.
- Jones, Mark Peter. 1996. «Posthuman Agency : Between Theoretical Traditions». *Sociological Theory* 14(3): 290-309.
- Latour, Bruno. 2001. *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa.

- . 2005. *Reassembling the social*. Oxford: Oxford University Press.
- Lefebvre, Henri. 1991. *The production of space*. Oxford: Blackwell Publishing Inc.
- . 2022. «On the rural. Economy, Sociology, Geography». En *On the rural. Economy, Sociology, Geography*, Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- McLuhan, Marshall. 2009. *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*. Barcelona: Paidós.
- Nogué, Joan. 2012. «Neo-ruralism in the European context. Origins and Evolution». En *The New Ruralism. An Epistemology of Transformed Space*, eds. Joan Ramon Resina y William R Viestenz. Madrid/Frankfurt, 27-39.
- Oller Bosch, Georgina. 2021. «El cielo gira (2004): el contramonumento de Mercedes Álvarez a la idea de progreso». *Foto Cinema. Revista científica de cine y fotografía* 20: 267-88.
- Parikka, Jussi. 2015. *A geology of media*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Prádanos, Luis I. 2018. *Postgrowth Imaginaries. New Ecologies and Counterhegemonic Culture in Post-2008 Spain*. Liverpool. Liverpool University Press.
- Richards, Daniel P. 2019. «John Dewey, Nonhuman Agency, and the Possibility of a Posthuman Public». *Contemporary Pragmatism* 16(4): 366-95. doi:10.1163/18758185-01604007.
- Ricoeur, Paul. 2016. *Hermeneutics and the human sciences. Essays on language, action and interpretation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tsing, Anna L. 2015. *The Mushroom at the End of the World. On the Possibility of Life in Capitalists Ruins*. Princeton (NJ). Princeton University Press.
- Tuan, Yi-Fu. 1975. «Place: An Experimental Perspective». *Geographical Review* 65(2): 151-65.
- . 1979. «Space and place: Humanistic perspective». En *Philosophy in Geography*, eds. Stephen Gale y Gunnar Olsson. Springer Dordrecht, 387-427.
- Žižek, Slavoj. 2023. *La incontinencia del vacío. Enjutas económico-filosóficas*. Anagrama. Barcelona

5. Financiación

Esta ponencia forma parte del proyecto “Nuevos imaginarios del rural en la España contemporánea: cultura, documental y periodismo” (PID2021-122696NB-I00) financiado por MCIN/AEI/10.13039/501100011033/ y por FEDER Una manera de hacer Europa.